



DEBORA
MADRID
25 de DII

Sin título, acuarela, Debora Arango

Al contemplar la pintura de Débora Arango no es posible dejar de sentir un hondo dolor acompañado de una cierta serenidad o mejor de algo que podría catalogarse como resignación a vivir, asombro ante el hecho de estar vivo, asombro ante un mundo extraño con el cual no parecería haber punto de contacto, impotencia ante un mundo hostil y violento, un mundo donde la muerte parece estar presente, un mundo donde vivir es una tarea muy difícil. Pero en este mundo, a través de grietas, florecen las imágenes de esta pintora, en colores

DEBORA ARANGO

intensos que lo cuestionan, en volúmenes fuertes que lo recriminan, en figuras que ponen de presente, duplicándolas, coloreándolas, deformándolas, aquellas formas que no encuentran un lugar, que no encuentran vínculo, aquel desmembrarse en individualidades que apenas si se reconocen. Muchas de sus pinturas recrean temáticas que evidencian un gran dolor, que narran una inmensa impotencia ante la vida, o que cuentan la resignación a vivir en esos intersticios. Estas temáticas, motivos que impulsan el cuadro recogen situaciones límites donde la vida transcurre en el borde de la muerte, donde lo incierto acompaña cada gesto, donde el futuro muchas veces no se vislumbra como un cambio hacia una situación de mayor dominio de ese entorno. Sus pinturas son figuras indefensas expuestas a la miseria, figuras indefensas expuestas al hambre, a la prostitución, a la violencia, al poder sea este político o religioso o de género; son

QUE DIFICIL ES VIVIR!

seres humanos que deambulan como fantasmas en mundos que no parecen contenerlos, cuya contensión parece ser su propio cuerpo, un cuerpo que se gestualiza con el dolor, con el asombro, con el temor, con la resignación, pero que también parece estar sobrepasado por lo que ocurre.

Débora Arango nace en Medellín en 1910 en un momento cuando el mundo esta abriéndose definitivamente hacia la individualidad estetica, donde la libertad del artista responde a su propia situación en él, donde no hay barreras de temáticas, sino un dejarse llevar por el deseo de pintar esa vida que circunda, que se capta en cada gesto, en la naturaleza, en la heroicidad que parece

**BEATRIZ GARCÍA
MORENO**

Beatriz García Moreno, grupo Mujer y Sociedad, Arquitecta, Profesora Universidad Nacional, Instituto de investigaciones Estéticas y Universidad Javeriana.

estar allí contenida en cada acto de la cotidianidad. Ella se cuela en él, hace parte de él, desafiándolo con sus motivos, con sus colores, con sus pinceladas que traen a cuento la fuerza con la que busca comunicarse, con el dolor que parece rodear sus líneas. Cada uno de sus cuadros tiene sus protagonistas, sus personajes que se imponen sobre cualquier otro objeto como unidades jerarquizadas de luz que concentran en ellas mismas la mirada, que ligan a ellas los demás objetos o figuras que se representan, que crean su propia temporalidad. El espacio se llena por la energía, por el ambiente que emana de la figura central, la cual construye un mundo que surge de esa centralidad; el fondo aparece o desaparece en tanto esa figura lo pida o no, parece no haber ayer ni mañana sino un estar ahí.

Débora descubre la muerte velada, la muerte de aquellos que no quieren mirarla en su color, descubre esa lucha por vivir, pone de presente las fantasías que están allí represadas. La muerte en sus diferentes dimensiones o aquellos hechos que no se admiten en un orden establecido. La muerte que deambula por las calles en los trenes, en las peleas de gallos. Lo familiar se descubre como no familiar¹, no hay paz, el equilibrio se pierde, los cuerpos se desploman o están a punto de desplomarse; se pinta lo imperfecto, el cansancio, la desazón, la fragilidad.

Y en medio de estas temáticas, la mujer ocupa un lugar central, y su mundo se llena de mujeres que apenas se contienen en sus cuerpos, que apenas se reconocen, que parecen no pertenecerse sino por el contrario estar sometidas a un destino del cual son víctimas; mujeres con cuerpos florecientes, generosos, marcados por la maternidad o por su posibilidad, mujeres contenedoras de la voluptuosidad de la vida que parece envolverlas, sobrepasarlas, que surge de ellas en formas que ponen de presente la naturaleza misma. Cuerpos dueños de la acción, cuerpos poseídos por otros, cuerpos a la espera, sometidos resignadamente, cuerpos

reconocidos en su dolor, en su deseo. Exploración de lo femenino que pone de presente lo oculto, el laberinto de sus movimientos, los túneles que lo configuran; exploración de ese cuerpo que se desgaja de cansancio, que descarga su pesadez en un gesto de total impotencia o profundo dolor, cuerpo quizás poseído en esa sin razón, ni sin saber, naturaleza desbordada, pérdida de la orientación. Cuerpos atrapados en un mundo que no permite escapatoria, sometidos al desgarramiento que produce su propia conciencia.

En medio de este gran número de imágenes surge una figura recostada que deja ver su dorso, sus amplias caderas, su fertilidad; el deseo de aquel que la posee se hace notar; es un cuerpo tumbado sobre un soporte que apenas se distingue en medio de un fondo azul que tan solo libera unos zapatos dejados allí de cualquier manera, como quedaron cuando el deseo no pudo ser contenido, o quizás cuando el cansancio lo venció. Cuerpo relajado, adolorido, satisfecho, cansado, múltiple en sugerencias. Una mujer se asoma por la esquina derecha del cuadro e introduce un elemento más al relato, desvía la vista hacia ella y sugiere ser esa misma que está allí tumbada quizás en ese momento inmediatamente anterior a la escena central, o se impone como la mirada de alguien más que contempla lo que allí ocurre o que sabe lo que allí adentro pasa, dando pie a diferentes historias, en las cuales ese cuerpo iluminado siempre es el protagonista, ese cuerpo sobre un fondo azul en el que casi todo se confunde, en el que la figura se encuentra sin piso, y tan solo logra asirse de una cama, que parece ser la tabla de donde se agarra en medio del naufragio, su ancla.

Y en medio del mundo de esta pintora otra mujer se decide a danzar, su cuerpo se alivia, ocupa toda el espacio, lo cubre con sus extremidades y se lanza al baile, se cubre solamente y sus pequeños pies parecen cortar el aire, ese infinito sin piso en el cual se alza, escapando de la prisión, del convento, del

convento donde las monjas se reúnen en comunidad y rezan sin descubrir sus cuerpos; y en esa danza encuentra su individualidad, permite que el movimiento surja. Quizás el fondo azul es de dolor pero es un espacio que se hace agua o aire y en el se desvanece su pesadez, esa pesadez que tantas otras veces hace que el cuerpo se afloje y caiga para ser recogido, mostrando su debilidad, su fragilidad, derrotado por el destino, tan solo a la espera de un apoyo para volverse a poner de pie, para sostenerse. Que difícil es vivir, que difícil es ser mujer y no desfallecer.

Dos mundos se presentan como posibles: ser monja o ser prostituta. En ambos el cuerpo es el conflicto, en el uno se cubre totalmente y la individualidad se pierde, en el otro se descubre, se revela en su unicidad, en su soledad, en su falta de perspectiva, apenas si se reconoce así mismo, se ofrece para ser recorrido; se habita, y ese habitarse, esa maternidad, se vuelve dolor, acto involuntario, carga. Cuerpo marcado por la reproducción y dónde está el deseo? se ha disuelto en el prostíbulo o en el convento, el dolor no ha dejado lugar para la paz, los sueños con parajes tranquilos han sido demasiado cortos, instantáneos, se han perdido en medio de un fondo en el que la orientación no es clara, en el que el paso de lo permitido a lo no permitido se cuenta con mucho dolor, se explora en medio de una constante oscilación entre desfallecer y levantarse de nuevo para seguir. Volver a tumbarse o intentar bailar y desplazarse por la tela, alzarse en vuelo, explorar la posibilidad de volar, de alivianarse, de encontrarse en otro sitio. Un mundo de muerte de dolor y un cuerpo pura vitalidad que se desborda, que se entrega, un cuerpo mundo que se explora, que se revela.

Débora Arango inicia la exploración de esas formas destinadas a la maternidad y al placer,

reprimidas por la religión y las costumbres, y las descubre en su búsqueda de lugar, en su búsqueda de sitio, llenas de fuerza, acompañadas de sus fantasmas de violencia y muerte, de mal augurio. La lucha entre la subjetividad que surge, entre la individualidad contenida en los cuerpos y un mundo que no puede contenerlos se expresa con toda su fuerza en la obra de esta pintora que acompaña la transformación del país en su renacer a la modernidad y especialmente ese despertar de la mujer quien después de vivir sometida durante varios siglos, decide rasgarse su hábito para dejar que su energía contenida brote, que su sexualidad se presente, aunque la búsqueda de nuevos lugares también sea dolorosa. Cada uno de los cuadros de Débora Arango da testimonio de esta transformación, a veces de una manera directa como por ejemplo cuando muestra a la monja desnuda que se acaba de quitar el hábito y se apresta para huir del convento, o a veces referida a diferentes situaciones donde se da cuenta de como ese ser en su desnudez, sin apoyos, se encuentra con el mundo circundante. Situación que de nuevo sugiere la expresión: Débora Arango, qué difícil es vivir!².

NOTAS:

¹. Sobre el tema de como lo familiar puede convertirse en no familiar ver el texto de Sigmund Freud traducido al inglés como "Uncanny" publicado en Standard Edition, 1955.

². Para la reflexión que aquí se presenta fueron muy importantes los aportes hechos por Débora Arango, Beatriz Gonzalez, Santiago Londoño y Dario Ruiz Gómez en el libro publicado por el Museo de Arte Moderno de Medellín, en edición de Villegas Editores, Bogotá, 1986. Vale la pena resaltar que también se tuvo como importante fuente de información la exposición organizada por el Banco de la República, en la Casa de la Moneda en Santafé de Bogotá, durante el primer semestre de 1996.
